

## HOMENAJE A CAMILO JOSÉ CELA

Intervención de Víctor García de la Concha en el acto de homenaje a Camilo José Cela, celebrado en el Instituto Cervantes de Madrid el 7 de septiembre de 2016 bajo la presidencia de los reyes de España.

Recordando su común año de nacimiento, Camilo José Cela le diría un día en la RAE a su compañero de Universidad Alonso Zamora Vicente: “El 16 fue una buena cosecha”. Asentía Zamora que, sin embargo, apuntando a Antonio Buero Vallejo, precisó: “buena y variada”. Conscientes de ese valor histórico, la Real Academia y el Instituto Cervantes nos aprestamos a colaborar en la celebración, en este mismo mes, del centenario de esa óptima cosecha de la cultura literaria hispana, la de 1916.

A comienzos de los años noventa del pasado siglo, Cela, en ascensión progresiva, había recibido ya todos los premios importantes: el de la Crítica, el Nacional de las Letras, el Príncipe de Asturias y, en fin, el Nobel. Pero, extrañamente, no el Cervantes. Patrono de nuestro Instituto desde su fundación, Cela no quería renunciar al que consideraba un específico “Nobel de la lengua española”: “Cervantes –decía– es la lengua de España y de América y él fue el primer vagabundo literario por el ancho mundo”. Los quiebro de emoción que aquel hombre duro –”El que resiste gana”– padeció después, para sorpresa de muchos, en el discurso de recepción del Premio en Alcalá, certificarían la razón de su empeño.

De ahí que el Instituto Cervantes se sienta hoy honrado al colaborar en este Homenaje que, evidenciando una vez más con hechos lo que la cultura plural y una de España significa para nuestra Patria, presiden SS.MM los Reyes. Gracias, Majestades.

Cuando se contempla la montaña de páginas que con una estilográfica que llegó a deformar su dedo índice acumuló Camilo José Cela, brota de inmediato la idea de que nos hallamos ante un hombre universal de las letras. “Un humanista” lo he llamado en alguna ocasión

atendiendo a la universalidad de sus variados intereses, todos ellos centrados y vertebrados en y por la palabra. Porque Cela fue lexicólogo y lexicógrafo, teórico del lenguaje y de la literatura, etnógrafo, creador en todas las variedades de géneros: poesía, novela, cuento, teatro, retratos, estampas, libros de viaje... Buscó el diálogo de la literatura con las artes – baste recordar la colaboración con Picasso y Miró– creó *Papeles de Son Armadans*, revista que fomentó el diálogo con la España peregrina y alentó otras empresas editoriales, como Alfaguara.

Como queda apuntado, le sedujo siempre la figura del vagabundo y, en efecto, pateó España de pueblo en pueblo y parte de la América hispana de nación en nación. Pero nada más ajeno a su quehacer literario que el vagabundaje. Porque, en definitiva, lo movía un objetivo trascendente. Es cierto que por donde iba, aparte de captar con detalle de cartógrafo el paisaje o el decorado, iba recogiendo cuanto de pintoresco o relevante le contaban: anécdotas, dichos, cuentos, fabulaciones, vida, y que, por supuesto, después de anotarlos todo cuidadosamente, no perdió jamás ningún papel.

Pero toda esa labor que se encauzaba después en horas y horas de trabajo en su gabinete, iba guiada por una fuerza irresistible: la palabra. En pocos escritores he visto realizada de modo más pleno que en él, la afirmación de Víctor Hugo de que “la palabra es más poderosa que quien la usa”. La inspiración –decía Camilo José Cela– tiene que encontrar al escritor trabajando, y el buen escritor es aquel que se convierte solo en un lazarillo que hace de amanuense a esa palabra, que le viene inspirada, y que define la trayectoria del discurso que crea, y en definitiva, su sentido.

Esa “palabra germinal” de que hablaba Víctor Hugo es la palabra de la modernidad literaria. Previa a cualquier género, los cuestiona a todos. Por eso Cela se desplaza en su producción literaria de continuo; como si tuviera, como que tiene, terror a quedarse parado en un lugar –vale decir en un género o en un modo de escritura–, porque, como él decía, “el que se para se esclerotiza”; hay que andar a la que salta, eso sí, sabiendo dónde y cómo va a saltar lo que salta y cómo se puede apresar.

Pude ver cómo funcionaba ese proceso en la gestación de su última gran novela, *Madera de boj*. Darío Villanueva me contó un día que hacia 1944 Cela había declarado que se proponía escribir una trilogía gallega (*La rosa*, *Mazurca*, *La cruz de san Andrés*) que cerraría, al fin, *Madera de boj*. Para preparar esta última pasó cinco o seis veranos en la *Costa da Morte*, “buscándole –como él mismo explicó– la clave al país”. En la última etapa de redacción de la novela llegué un día a su casa. Tenía sobre la mesa de trabajo un mapa a gran escala de esa costa y al alcance de la mano varios libros sobre ella. Me enseñó, además, un montón de cuadernos con toda la documentación.

Cuando vi las primeras galeradas, me quedé atónito: aquello era una suma de historia de la *Costa da Morte*, de la vida cotidiana de sus gentes, de los numerosos naufragios puntualmente reseñados, y, a la par, de toda la mitología y los sueños que conviven en Galicia. Todo lo guiaba e impulsaba la palabra, en este caso, un cordón que entrelazaba gallego y castellano: “¿usted sabe que la palabra es el reflejo de la vida, la sombra y la silueta de la vida? –pregunta en un punto la voz narrativa–, “no, nadie me lo dijo, ¡vaya por Dios! ¿Usted sabe que debajo de cada palabra duerme una idea su sueño calenturiento?”.

“Esta novela –resumió Cela– es un viaje del alma”. Es, en efecto, un viaje del alma del escritor en busca del alma de la *Costa da Morte*, y en el fondo de Galicia. En realidad, el conjunto monumental de los escritos de Camilo José Cela no es otra cosa que un viaje del alma a su patria, guiado y llevado por la palabra del español más rico, en diálogo con las variedades hispanas, de aquí y de allá, y con otras lenguas hermanas de la gran familia romance. Por eso, esta casa de la palabra y sus noventa filiales extendidas por cuarenta y cuatro países de los cinco continentes, le rinde hoy homenaje de admiración y de gratitud.